

4º Los tólogos, limitados á la parte escolástica, no cultivaban ni las ciencias sagradas, ni las bellas letras; consideraban este estudio hasta peligroso para la religion. Los seglares, que desde el reinado de Francisco 1º habian adquirido conocimientos, despreciaban á los teólogos, y se creian por lo menos tan capaces como ellos para juzgar en materias de religion.

No debe sorprendernos que los emisarios de Lutero, de Melancthon y Bucero, que eran literatos que hablaban y escribian bien, que habian estudiado las lenguas y la historia, encontrasen entre los literatos discípulos prontos á ser seducidos. Bastaba declamar contra el papa, contra el clero secular y regular, contra los abusos en punto á religion para ser escuchados. La confesion, los ayunos, las obras satisfactorias, los votos, las prácticas del culto público, y los honorarios de los ministros de la religion eran mirados como un yugo, se habian cansado de todo esto, y veian un medio para desembarazarse de ello.

El veneno derramado en secreto ganó poco á poco terreno, é infectó á los hombres de todos estados; los que le recibieron se admiraron de verse en tan gran número desde su origen. Los libros de Lutero, de Melancthon, de Carlostadio y de Zuingle se multiplicaron en Francia, y dieron origen á otros: por todas partes puglaban los libros de piedad, tratados dogmáticos y obras polémicas; inundaron el reino, y encendieron la tea del fanatismo. Ni los decretos de la facultad de teología, ni las pastorales de los obispos, ni la vigilancia de la policia pudieron contener sus progresos. Poco importaba que se adoptara tal ó cual doctrina, con tal que se cambiase de religion. Apareció la *Institucion* de Calvino; esta obra era seductora, y fué recibida con aclamacion: gran parte del reino se encontró bien pronto *calvinista* sin haberlo previsto.

Este partido, que conoció sus fuerzas, se lanzó á vias de hecho por medio de pasquines y libelos injuriosos; alarmados los magistrados y el gobierno, recurrieron á los suplicios; era ya demasiado tarde; estas ejecuciones agnaron mas los ánimos, y enfurecieron á los *calvinistas*.

No echemos en olvido que bajo el dominio de los Valois estaban los pueblos tan descontentos del gobierno como del estado de la religion. Francisco II, principe negligente, descargó todo el peso del reino sobre los príncipes

de Guisa; estos habian ganado el favor del clero por su zelo en defensa de la religion católica; los grandes, que trataban de apoderarse de la autoridad de aquellos, se pusieron de parte de los *calvinistas*. La conjuracion de Amboise, que formaron con este designio, estalló, y no tuvo éxito; el castigo de los conjurados no sirvió mas que para aumentar el odio y preparar nuevos proyectos de rebelion.

Al subir Carlos IX al trono, trató, aunque en vano, de calmar los ánimos de ambos partidos; la amnistia concedida por él á los protestantes, prueba demasiado los excesos á que estos se habian entregado. Un tumulto que tuvo lugar por casualidad en Vassy, y en el que fueron muertos muchos protestantes, les sirvió de pretexto para levantar un ejército y empezar una guerra civil. Pronto se extendió á todo el reino, y se hizo por una y otra parte con la crueldad que puede inspirar el fanatismo. Se suspendió dos veces por medio de los edictos de pacificacion, ó mas bien de perdon; y en la tercera obtuvieron de su soberano los protestantes todo lo que pedian, y algunas plazas para su seguridad.

Un rey que se ve reducido á tratar con sus súbditos, convertidos en enemigos suyos, los perdona difícilmente esta injuria; Carlos IX, indignado de las condiciones á que se le habia hecho acceder, aterrado de lo que tenia que temer de un partido siempre amenazador, concibió el funesto proyecto de deshacerse de los jefes del partido hugenote, y permitió que los asesinaran. El pueblo, una vez impulsado al asesinato, no se limitó á inmolár á los jefes; un número infinito de católicos satisficieron sus odios particulares, llevaron la crueldad hasta el último exceso, y dieron lugar de este modo á una nueva guerra civil. (Véase S. Bartolomé y la adición á esta palabra.)

Enrique III, para concluir esta guerra, se vió obligado á conceder á los *calvinistas* un quinto edicto todavía mas favorable para ellos que los anteriores: los católicos descontentos formaron la liga, que la llamaron malamente la *santa union*: el temor de ver pasar la corona á la cabeza de un principe hereje, hizo á los católicos tan intratables como los hugenotes.

Enrique IV fué educado desgraciadamente en el calvinismo, tuvo que conquistar su reino de los de la liga. Por último, victorioso y universalmente reconocido, concedió á los *calvinistas* que le habian servido útilmente

un nuevo edicto de pacificacion, semejante á los anteriores, con ciudades para su seguridad: este fué el edicto de Nantes.

Feliz de la Francia si la paz hubiera extinguido el fanatismo! pero todavía subsistia. Enrique IV fué la víctima, y pereció como Enrique III por un asesinato.

En la época de Luis XIII los protestantes volvieron á tomar las armas: fueron vencidos, y sus plazas demolidas. Mas el edicto de Nantes fué confirmado respecto de los demás artículos. Luis XIV, mas poderoso y absoluto que ninguno de sus predecesores, revocó el edicto de Nantes en 1685, y desde entonces los *calvinistas* fueron privados en Francia del ejercicio público de su religion. No nos atreveríamos á examinar si esta revocacion fué injusta ó ilegítima, si perjudicó tanto al reino como han pretendido algunos escritores modernos.

Esta narracion muy compendiada basta para dar una idea de los males que originó á la Francia una pretendida reforma, que, lejos de hacer la fe mas pura y la moral mas perfecta, renovó una multitud de errores condenados en los diferentes siglos de la Iglesia, cuyos dogmas minan los principios de la moral, fundados en la libertad del hombre, colocan á las almas timoratas en la desesperacion, y tienen á los criminales en una funesta seguridad; quita todo motivo de practicar la virtud, y ha inspirado desde el principio á sus sectarios el mismo espíritu de rebelion contra los poderes seculares, que contra la autoridad eclesiástica. En el dia, vueltos de su antiguo fanatismo sus doctores se han visto obligados á convenir en que la Iglesia romana, de la cual se separaron, no enseña ningun error fundamental, ni sobre el dogma, ni sobre la moral, ni sobre el culto; que un buen católico puede salvarse en su religion. ¿Para qué pues se necesitaba conmovier á toda la Europa para destruirla y establecer el calvinismo sobre sus ruinas?

Aun cuando no se tuviera que vituperarse mas que el incendio de muchas bibliotecas ricas, tanto en Francia como en Inglaterra, sería lo suficiente para hacer detestar el espíritu que los animaba.

No obstante, una multitud de incrédulos siempre prontos para apoyar el partido de los sediciosos, quieren hacer recaer sobre la religion católica los excesos á que se entregaron los *calvinistas* y todos los males que fueron su consecuencia. Dicen que los defensores de la religion dominante se levantaron

con furor contra los sectarios, armaron contra ellos los poderes, arrancándolos edictos sanguinarios, soplaron en todos las corazonas la discordia y el fanatismo, y culparon sin pudor á sus victimas sobre los desórdenes que ellos solos habian producido. ¿Es esto verdad?

4º Son conocidos los principios de los primeros reformadores, Lutero y Calvino; consignados están en sus obras. En 1520, antes de que se diera ningun edicto contra Lutero, publicó su libro de la *libertad cristiana*, en el que decidia que el cristiano no está sujeto á ningun hombre, y declamaba contra todos los soberanos: este fué el motivo de la guerra de los anabaptistas. En sus tesis establecia que era necesario ir á los alcances del papa, de los reyes y de los Césares que tomaban su partido. En su tratado del *Fisco comun* queria que se saquearan las Iglesias, los monasterios y los obispos. En su consecuencia se puso por bando del imperio en 1521. ¿Fué acaso el clero el que dictó este decreto? La gran máxima de este fogoso reformador era que el Evangelio siempre habia producido turbulencias; que es necesaria sangre para establecerlo. Tal es el espíritu de que estaban animados aquellos discípulos suyos que vinieron á predicarle á Francia.

Calvino escribia que era preciso exterminar á los picaros que se oponian al establecimiento de la reforma, que unos monstruos semejantes debian ser aniquilados: apoyó esta doctrina con su ejemplo, é hizo un tratado expresamente para probarlo. Véanse las *cartas de Calvino á M. de Poet, et fidelis expositio, etc.* Ahora preguntamos nosotros: predicadores que se anuncian de esta suerte ¿deben ser tolerados en ningun estado culto?

2º El primer edicto dado en Francia contra los *calvinistas* se publicó en 1534. Por entonces la reforma habia incendiado la Alemania, habia conculcado en Francia las imágenes, diseminado libelos sediciosos, y fijado pasquines injuriosos á las puertas del Louvre, Francisco I temió sobre sus estados las mismas turbulencias que él mismo habia formado en Alemania. Tal fué la causa de las primeras ejecuciones hechas en Francia. Cuando se quejaron de esto los principes protestantes de Alemania, Francisco I respondió que no habia hecho mas que castigar á los sediciosos. Por el edicto de 1540, los proscribió como perturbadores del estado y del orden público; y nadie se atrevió todavía á acusar al clero de tomar parte en estos edictos. Un célebre

escritor de nuestros días conviene en que el espíritu dominante del calvinismo era el de erigirse en república. *Tratado sobre la Historia general, etc.*

3º Desafiamos á los calumniadores del clero á que citen un solo país, una sola ciudad, en que los *calvinistas* hayan dominado y sufrido el ejercicio de la religión católica. En Suiza, Holanda, Suecia é Inglaterra, la proscribieron y muchas veces contra la fe de los tratados. ¿La permitieron jamás en Francia, en las ciudades que ocupaban para su seguridad? Una máxima sagrada de nuestros adversarios es que es preciso no tolerar á los intolerantes; pues bien, ninguna religión hubo jamás tan intolerante como el calvinismo; veinte autores aun protestantes han convenido en esto mismo. Desde su origen en Francia y en las demás partes, los católicos se han visto precisados á alejar ó exterminar á los huguenotes, ó ser ellos mismos exterminados.

4º Si con toda la flemá que pueden inspirar la caridad cristiana, el amor á la verdad, el respeto á las leyes y el verdadero zelo por la religión, los primeros reformadores se hubiesen dedicado á probar que la Iglesia romana no era la verdadera Iglesia de Jesucristo; que su jefe visible no tiene ninguna autoridad de derecho divino; que su culto exterior es contrario al Evangelio; que los soberanos que la protegen comprenden mal sus intereses y los de sus pueblos, etc.: si al demandar la libertad de conciencia hubieran prometido solemnemente no molestar á los católicos, no perturbar su culto, no injuriar á los sacerdotes, etc., y hubieran cumplido su palabra, estamos seguros de que el gobierno hubiera dejado de perseguirlos. Y aun cuando el clero hubiera solicitado odiosos sanguinarios, ¿los habría obtenido? Todo el mundo sabe lo cristiano y zeloso que la corte era entonces por la religión.

5º Suponiendo que la manzaná de Vassí fuese un crimen premeditado, lo que no es cierto porque fué un hecho particular del duque de Guisa y de sus allegados, ¿era este un motivo legítimo para tomar las armas en lugar de quejarse al rey y pedir justicia? Pero los *calvinistas* habían resuelto la guerra, y no esperaban mas que un pretexto para declararla. Desde aquel momento todo lo quisieron obtener por la fuerza y con las armas en la mano. El clero no tuvo necesidad de soplar el fuego de la discordia para animar á los católicos á la venganza, los huguenotes furiosos

les dieron sobrados motivos para que ejercieran represalias. Estos debieron esperar el ser tratados como enemigos siempre que el gobierno tuviese suficiente fuerza para castigarlos.

Es pues una calumnia grosera el atribuir al clero y al zelo fanático de la religión los excesos que se cometieron en aquella época; el foco del fanatismo estaba entre los *calvinistas*, y no entre los católicos.

6º No tenemos necesidad de otras pruebas mas que las que nos suministran nuestros mismos adversarios. Bayle, que no debe ser sospechoso á los incrédulos, que vivía entre los *calvinistas* y los conocía muy bien, les ha vituperado en su *aviso á los refugiados*, en 1690, el haber llevado la licencia de los escritos satíricos á un exceso de que no habia habido ejemplo, el haber introducido desde su origen en Francia el uso de los libelos infamatorios que apenas se conocían allí, les recuerda los edictos por los cuales se vieron obligados á reprimir su audacia y la malignidad con que sus doctores, con el Evangelio en la mano, calumniaron á los vivos y á los muertos. Les pone de manifiesto la moderación y paciencia que los católicos en semejante caso mostraron en Inglaterra. Acusa á los primeros de haber enseñado constantemente que cuando un soberano falta á sus promesas, sus súbditos no están obligados á guardar el juramento de fidelidad; y de haber fundado sobre este principio todas las guerras civiles de que fueron autores.

Les representa que cuando se ha tratado de escribir contra el papa han sostenido con calor los derechos é independencia de los soberanos; que cuando han estado descontentos de estos han colocado á la vez á los soberanos bajo la dependencia de los pueblos, que soplaron el frío ó el calor segun el interés del lugar y del momento. Les manifiesta las malas consecuencias de sus principios con respecto á la pretendida soberanía inalienable del pueblo, y en el día nuestros incrédulos políticos se atreven á ponderarnos estos mismos principios como un nuevo y preciso descubrimiento; no saben que esta es la doctrina renovada de los huguenotes. No hay, continúa Bayle, ningún fundamento de tranquilidad pública que no mineis, ningún freno, capaz de contener á los pueblos en la obediencia, que no rompais.... De esta suerte habéis cumplido los temores que se concibieron de vuestro partido desde que apareció, y que hizo que se estableciera como principio,

que el que rechaza la autoridad de la Iglesia no está lejos de sacudir la de los poderes soberanos, y que, después de haber defendido la igualdad entre el pueblo y los pastores, no se tarda tambien en sostener la igualdad entre el pueblo y los magistrados seculares.

Bayle va todavía mas lejos: prueba que los calvinistas de Inglaterra contribuyeron tanto al suplicio de Carlos I como los independentes; que su secta es mas enemiga del poder soberano que ninguna otra secta protestante; que esto es lo que les hace irreconciliables con los luteranos y anglicanos. Demuestra que los paganos enseñaron una doctrina mas pura que la suya respecto á la obediencia que se debe á las leyes y á la patria, refuta todas las malas razones con que han querido justificar sus frecuentes rebeliones. Manifiesta que la faga de los católicos para excluir á Enrique IV del trono de Francia, porque era huguenote, fué mucho menos odiosa y criminal que la faga de los protestantes para privar al duque de York de la corona de Inglaterra, porque era católico. Tal es el análisis del *aviso á los refugiados* que ningún calvinista ha tratado de refutar.

En su respuesta á la carta de un refugiado en 1688 habia ya demostrado que los *calvinistas* son mucho mas intolerantes que los católicos, y que siempre lo fueron, que lo son todavía, y que han, probado por sus escritos y conducta que su principio invariable es que no hay soberano legítimo á no ser que sea ortodoxo á su manera. Les ha probado que ellos mismos fueron los que obligaron á Luis XIV á revocar el edicto de Nantes, que en esto no hizo mas que seguir el ejemplo de los estados de Holanda, que no cumplieron ninguno de los tratados que habian hecho con los católicos. Tambien demostró que todas las leyes de los estados protestantes eran mas severas contra el catolicismo que las de Francia contra el calvinismo. Trae á la memoria el suceso de los emisarios que los huguenotes enviaron á Cromwell en 1650, los ofrecimientos que le hicieron, y las resoluciones seditiosas que tomaron en sus sinodos de la Guyena-Baja. Se mola de sus lamentaciones por la pretendida persecucion que experimentan, y les declara que su conducta justifica plenamente la severidad con que se les ha tratado en Francia. *Obras de Bayle, t. 2, p. 344.*

El escritor que en 1738 hizo la apología de la revocación del edicto de Nantes, apenas ha

hecho otra cosa mas que repetir las mismas acusaciones y los mismos hechos que Bayle habia echado en cara á los *calvinistas* en 1688 y 1690. No obstante, todos nuestros políticos anticristianos levantaron la voz contra él: han querido hacerle pasar por un bala fuego, y por un fanático; que hubieran dicho, si este autor hubiese declarado altamente que copiaba á Bayle casi palabra por palabra? V. GUERRAS DE RELIGION, PROTESTANTES, TOLERANCIA, etc.

Calvino (Juan), fundador de la secta que lleva todavía su nombre: nació en Noyon en 1509, y murió en Ginebra en 1564. Hay en la conducta de este célebre reformador ciertos rasgos característicos que importa conocer para formarse una idea exacta del calvinismo.

Instruido por uno de los emisarios, que Lutero y sus asociados habian enviado á Francia, vió que estos reformadores de la religión no tenían ni principios fijos, ni un cuerpo de doctrina, ni profesión de fe, ni tampoco ningún reglamento fijo de disciplina; emprendió formar un sistema completo de teología conforme á sus opiniones, y lo consiguió en su *Institucion cristiana* que publicó en 1536.

Establece como principio que la única regla de fe á quien un fiel debe consultar es la Sagrada Escritura, que Dios le hace conocer en verdad, y el verdadero sentido por una inspiración particular del Espíritu Santo. Trátase de saber cómo puede distinguirse con seguridad esta pretendida inspiración del fanatismo de un impostor.

Calvino, retirado á Ginebra, en donde Farel y Viret habian establecido las opiniones de los reformadores de Alemania, empezó por oponerse á un decreto del sínodo de Berna, que arreglaba la forma del culto; se creyó mejor inspirado que este sínodo. Obligado á retirarse á Strasburgo, y llamado después á Ginebra, adquirió allí un imperio absoluto, hizo un catolicismo, estableció un consistorio, arregló la forma de las oraciones y de las predicaciones, la manera de celebrar la cena, etc., y revisó á su consistorio con el poder de imponer censuras y excomulgar. De suerte que este predicador, después de haber declamado contra la autoridad, que los pastores de la iglesia católica se atribuan, usurpó el mismo una autoridad cien veces mas absoluta, á la que estaba obligado á ceder la inspiración que concedía á todos los fieles.

El traductor inglés de Mosheim, que dice que **Calvino** aventajó á todos los demás re-

formadores en saber y en talento, conviene en que llevó mas lejos que todos los demás la obstinación, la severidad, y el espíritu turbulento, t. 4, p. 94, nota. ¡Bellas cualidades para un apóstol! El mismo conoció que el poder que se había abrogado era exorbitante; pues que antes de morir aconsejó al clero de Ginebra, que no nombrara sucesor. Spon. *Hist. de Ginebra*, t. 2, p. 3. Los protestantes que no cesan de declamar contra la ambición y despolismo de los papas perdonan á *Calvino* el haberlos llevado mas lejos, le excusan en razón, dicen, á sus servicios y virtudes. ¿En dónde están, pues, las virtudes de ese fogoso reformador?

Bolsse, carmelita apóstata, le probó que por su doctrina hacia á Dios autor del pecado; *Calvino*, le hizo desterrar, y por él le hubiera impuesto las penas alicivas como pelagiano y sedicioso. Castalion, por haber atacado también la doctrina de *Calvino*, tuvo que salir de Ginebra. Ni la Escritura, ni la inspiración de cada fiel era la regla de fe en aquella ciudad, sino la autoridad despótica de *Calvino*.

Miguel Servet, que había atacado el misterio de la Santísima Trinidad, perseguido en Francia, se salvó en Ginebra; *Calvino* le hizo prender, le condenó á ser quemado vivo, y se ejecutó la sentencia. Para justificar su conducta, *Calvino* compuso un tratado, en el que quiso probar que era necesario castigar con la pena de muerte á los herejes. Así, estos ministros que sostenían que la Escritura es la única regla de fe, que cada particular es juez del sentido de la Escritura, condenaban como hereje á un escritor, porque no veía en ella el mismo sentido y los mismos dogmas que pretendían ver en la misma; mientras que se descendenaban contra los magistrados que castigaban con la muerte á los herejes en Francia, hacían allí mismo quemar á Servet, porque le juzgaban hereje.

Genilís, Okin y Blandrat, que quisieron renovar en Ginebra las opiniones de Servet, les faltó poco para ser tratados de la misma manera. Genilís fué reducido á prisión y obligado á retractarse; Okin desterrado, y Blandrat, perseguido en justicia, se le obligó á firmar una profesión de fe y á huir.

No se debe creer que ha cesado entre el calvinismo esta contradicción entre los principios de los reformadores y su conducta. Sus partidarios siempre han continuado enseñando, que la Sagrada Escritura es la única regla de fe, que Dios alumbrá á cada fiel para juzgar del verdadero sentido de la Escritura, que

el sentir de los santos Padres, los decretos de los concilios y las decisiones de la Iglesia no son mas que una autoridad humana, á la que nadie está obligado á deferir, y al mismo tiempo no han cesado de celebrar sinodos, formar profesiones de fe, condenar errores, y excomulgar á los que los sostenían; así trataron á los socinianos, á los anabaptistas y á los arminianos.

Un deista de nuestros días, educado entre los calvinistas, les ha echado en cara con vehemencia esta contradicción. «Vuestra historia, les dice, está llena de hechos que manifiestan por vuestra parte una inquisición muy severa, y que, de perseguidos, se convirtieron los reformadores en perseguidores. A fuerza de disputar contra el clero católico, el clero protestante se hizo disputador y quisquiloso. Quería decidirlo todo, todo arreglar, y pronunciar sobre todo; cada uno proponía imperiosamente su opinión por ley suprema á todos los demás; no era este el medio de vivir en paz. *Calvino* tenía todo el orgullo del genio que conoce su superioridad, y que se indigna cuando se la disputa. ¿Qué hombre hubo jamás mas tajante, mas imperioso, mas decidido y divinamente inflexible según su voluntad? La menor objeción que se le hacia era siempre una obra de Salomón, un crimen digno del fuego. No fué solo á Servet á quien costó la vida el haber osado pensar de diferente modo.

«La mayor parte de sus compañeros se encontraban en el mismo caso, todos eran tanto mas culpables cuanto mas inconsecuentes: su dura ortodoxia era en sí misma una herejía, según sus principios. *Deuxième lettre écrite de la Montagne*, p. 49, 50, 58.

«J. J. Rousseau se valia del espíritu de la pretendida reforma para justificar su deísmo y confundir á los ministros de Ginebra. (*Deuxième lettre écrite de la Montagne*.)

«¿Cuál es la religion del Estado, les dice? ¿Es la santa reforma evangélica? Hé aquí seguramente unas palabras bien retumbantes. Mas ¿cuál es en el día en Ginebra la santa reforma evangélica? ¿Acaso lo sabeis vos, amigo? Os felicito en este caso. Por lo que á mí toca, lo ignoro. Creía saberlo antes; pero me engañaba así como otros muchos mas sabios que yo en cualquier otro asunto, y no menos ignorantes que yo, respecto del presente.

«Cuando los reformadores se separaron de la Iglesia romana, la acusaron de error, y para corregirle en su origen, dieron á la Escritura otro sentido que el que aquella la

daba.... Se les preguntó de qué autoridad es- taban revestidos para apartarse de esta suerte de la doctrina recibida. A esto respondieron que por autoridad propia, que por la de su razon decían que el sentido de la Biblia era inteligible y claro á todos los hombres; por lo que concierne á su salvación, cada uno era juez competente de la doctrina, y podía interpretar la Biblia, que es la regla de la misma, según su espíritu privado; que de esta suerte todos estaban de acuerdo en lo mas esencial, y que en aquellas cosas en que no podían convenir, no lo estaban.

«Hé aquí, pues, el espíritu privado, establecido por único intérprete de la Escritura; hé aquí la autoridad de la Iglesia repudiada; cada uno pone la doctrina bajo su propia jurisdicción. Tales son los dos puntos fundamentales de la reforma. Reconocer la Biblia como regla de su creencia, y no admitir otro intérprete del sentido de la Biblia mas que á sí mismo. Estos dos puntos combinados forman el principio, sobre el cual los cristianos reformados se separaron de la Iglesia romana, y no podían hacer menos á no caer en una contradicción; porque, ¿qué autoridad interpretativa hubieran podido reservarse, despues de haber desechado la del cuerpo de la Iglesia?

«Mas, se dirá, ¿cómo bajo un principio semejante pudieron reunirse los reformados? ¿Cómo pensando cada uno de diferente manera han formado un cuerpo contra la Iglesia católica? Así debió suceder; todos convenían en reconocer en cada uno un juez competente para sí mismo; toleraban y debían tolerar todas las interpretaciones fuera de una, á saber, la que quitaba la libertad de hacer interpretaciones. Así, la única interpretación que rechazaban era la de los católicos. Debían, pues, proscribir todos á la vez á Roma solo, que los proscribía también á todos. La diversidad misma de sus maneras de pensar respecto de todo lo demás, era el único lazo común que les unía. Eran como otros tantos estados pequeños, ligados contra una grande potencia, y cuya confederación general nada perjudicaba á la independencia de cada uno en particular.

«Hé aquí como se estableció la reforma evangélica, y como debe conservarse. Es verdad que la doctrina del mayor número puede ser propuesta á todos como la mas probable y autorizada. El soberano hasta puede redactarla en fórmula, y prescribirla á los que encargan el enseñarla, porque es indispensable

cierto orden y regla en las instrucciones públicas, y en el fondo no se perjudica con esto la libertad de nadie, pues que ninguno está obligado á enseñarla á pesar suyo; tampoco se sigue de aquí que los particulares estén obligados á admitir precisamente las interpretaciones que se les dan, y la doctrina que se les enseña. Cada uno es juez por sí mismo, y no reconoce en esto mas autoridad que la suya propia. Las buenas instrucciones deben fijar menos la elección que debemos hacer, que ponernos en estado de elegir bien. Tal es el verdadero espíritu de la reforma, tal es su verdadero fundamento. La razon particular es la que decide deduciendo la fe de la regla común que establece, á saber, el Evangelio; y de tal modo es de esencia de la razon el ser libre, que aun cuando quisiera sujetarse á la autoridad, no dependería de ella el no hacerlo. Por poco que ataques á este principio, todo el evanjelismo se hunde al momento. Que se me pruebe en el día que en materia de fe estoy obligado á someterme á las decisiones de cualquiera, y desde mañana me hago católico; y todo hombre consecuente y veraz seguiría mi ejemplo.

«Así, la libre interpretación de la Escritura lleva consigo, no solo el derecho de explicar sus pasajes cada uno según su sentido particular, sino el de permanecer en la duda en los que se encuentran dudosos, y el de no comprender los que sean incomprensibles. Hé aquí el derecho de todos los fieles, derecho sobre el cual nada tienen que ver ni los pastores, ni los magistrados. Con tal que se respete toda la Biblia y que se convenga en todos los puntos capitales, se vive según la reforma evangélica. El juramento de los ciudadanos de Ginebra no recae mas que sobre esto.»

«Ahora bien, yo veo á vuestros doctores triunfar sobre esos puntos capitales, y pretender que yo me separo de ellos. Poco á poco, señores, oíd suplico; no se trata de mí sino de vosotros: sepámos primero cuales son según vosotros esos puntos capitales, sepámos con qué derecho me obligaría á verlos en donde yo no los veo, y acaso en donde vosotros mismos no los veis. No olvidéis, si os place, que al darne vuestras decisiones como leyes os separais de la santa-reforma evangélica, y minisais mas verdaderos fundamentos; vosotros sois los que según la ley merecis el castigo.»

«La religion protestante es tolerante por principios, es esencialmente tolerante; lo es

tanto como puede serlo, pues que el único dogma que no tolera es el de la intolerancia. Hé aquí la barrera insuperable que nos separa de los católicos, y que reúne á las demás comuniones entre sí: cada una considera á las demás en el error; pero ninguna mira ó no debe mirar este error como un obstáculo para la salvación.»

« Los reformados de nuestra época, por lo menos los ministros, no conocen ó no aman ya su religión. Si la hubieran conocido y amado, al publicar mi libro hubiesen dado de concierto un grito de alegría, todos se hubieran unido á mí que no atacaba más que á sus adversarios; pero mas quieren abandonar su propia causa que sostener la mía; con su tono visiblemente arrogante, con su rabia de embrollos y de intolerancia, no saben ya lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen. No los tengo sino por unos malos criados del sacerdocio, que lo sirven menos por amor á ellos que por el odio que me tienen. Cuando hayan disputado, reñido, ergotizado y hablado mucho, en lo mejor de su triunfo, el clero romano que conserva su rito y les deja hacer, vendrá á destruirlos armado con argumentos *ad hominem* sin réplica, y batiéndolos con sus propias armas les dirá: *Todo esto es bien, pero ahora quitáos de enmedio, malvados intrusos, no habéis trabajado más que para nosotros; volvamos á nuestro asunto.*»

« La Iglesia de Ginebra no tiene ni debe tener como reformada ninguna profesión de fe precisa, articulada y comun á todos sus miembros. Si quisieran tener una, en esto mismo se lastimaría la libertad evangélica, se renunciaría al principio de la reforma, y se violaría la ley del estado. Todas las iglesias protestantes que redactaron fórmulas de profesión de fe, todos los sínodos, que determinaron puntos de doctrina, no quisieron mas que prescribir á los pastores lo que debían enseñar, y esto era bueno y conveniente. Mas si estas Iglesias y sínodos pretendían hacer mas con estas fórmulas, y prescribir á los fieles lo que debían creer; en este caso con tales decisiones, estas asambleas no probaron otra cosa sino que ignoraban su propia religión.»

« La Iglesia de Ginebra parecía mucho tiempo ha que se separaba menos que las demás del verdadero espíritu del cristianismo, y por esta engañosa apariencia honraba yo á sus pastores con elogios de que les creía dignos; porque mi intención no era segura-

mente engañar al público. Mas ¿quién ve en el día á esos ministros, en otro tiempo tan poco escrupulosos y hechos repentinamente tan rígidos, burlarse de la ortodoxia de un seglar, y dejar la suya en una incertidumbre tan escandalosa? Se les pregunta si Jesucristo es Dios, y no se atreven á responder; se les pregunta qué misterios admiten, y tampoco responden. ¿Sobre qué pues responderán y cuales serán los artículos fundamentales diferentes de los míos, sobre los que quieren que se decida si no están comprendidos en los dichos?»

« Un filósofo echa una ojeada rápida sobre ellos; los penetra; los ve arianos, socinianos; lo dice creyendo honrarlos; pero no considera que expone su interés temporal, única cosa que en general decide aquí abajo de la fe de los hombres.»

« Al momento, alarmados y aterrados, se reúnen, discuten y se agitan, no saben á qué santo encomendarse; y después á fuerza de consultas, de deliberaciones, y conferencias, todo se reduce á un lenguaje confuso en el que no se dice ni sí, ni no, tan difícil de comprender como los dos abogados de Rabelais. La doctrina ortodoxa ¿no es bien clara y no se encuentra en manos seguras?»

« No obstante, porque uno de ellos compilando á fuerza de chistes escolásticos tan benignos como elegantes, para juzgar mi cristianismo, no temió abjurar el suyo; encantados todos de la sabiduría de su compañero y principalmente de su lógica, admiten su docta obra, y le dan las gracias por medio de una diputación. ¡En verdad que vuestros ministros no dejan de ser unas gentes particulares! No se sabe lo que creer ni lo que dejar de creer; ni aun se llega á comprender lo que quieren aparentar que creen. La sola manera de establecer su fe, es atacar la de los demás... En lugar de explicarse sobre la doctrina que se les imputa, creen desquitarse respecto de las demás iglesias buscando quejas á su propio defensor, quieren probar por su ingratitud que no tienen necesidad de mis auxilios, y piensan aparecer bastante ortodoxos presentándose como perseguidores.»

« Concluyo de todo esto que no es fácil decir en qué consiste en Ginebra en el día la santa reforma. Todo lo mas que puede decirse acerca del particular, es que debe consistir principalmente en desechar los puntos disputados á la Iglesia romana por los primeros reformadores y sobre todo por *Calvino*.

Este es el espíritu de vuestra institución; por esto sois un pueblo libre, y solo en este sentido es como la religión forma en vosotros parte de la ley del estado.»

Por otra parte, es indispensable que un protestante tenga el entendimiento extraordinariamente preocupado, para imaginarse que la Sagrada Escritura es la regla de su fe. Antes de leer ese libro, un joven calvinista se halla ya prevenido respecto de los dogmas que debe encontrar en él por las lecciones de su catecismo, por las instrucciones de sus ministros, por el tono general de la secta; tal es la inspiración que le guía en esta lectura. Así es que un luterano jamás deja de ver en la Escritura las opiniones de Lutero, un sociniano las de Socino, un anglicano las de los episcopales, así como un calvinista las de *Calvino*.

Este vicio original del calvinismo es suficiente para demostrar lo absurdo de tal sistema.

No sabemos lo que hubieran podido contestar *Calvino* y su compañeros, si un católico instruido les hubiera hablado de esta manera: vosotros pretendéis ser suscitados por Dios para reformar la Iglesia; pero no sois enviados ni por ningún pastor legítimo, ni por ninguna Iglesia cristiana; por lo tanto es necesario que tengais una misión extraordinaria y milagrosa. Empezad por probarla de la misma manera que Moisés, Jesucristo y los apóstoles probaron la suya. Lutero y otros se tenían por reformadores como vosotros; no estais de acuerdo con ellos, no enseñais en todo la misma doctrina; os condenais los unos á los otros. ¿A cuál debo yo creer con preferencia? Me dais la Sagrada Escritura por única regla de mi fe; pero no reconocéis como Sagrada Escritura muchos libros que la Iglesia católica me designa como tales: ¿cómo terminaremos esta disputa? ¿Será la Escritura santa la que me enseñe si tal libro es ó no canónico? Me presentais una traducción francesa de la Biblia. Dadme una garantía de la fidelidad de vuestra traducción, de la cual no estoy en estado de juzgar por mi mismo. ¿Me decís que no debo deferir á la autoridad de los hombres! Luego debo rechazar la vuestra en todo lo que tengais á bien afirmar.

Pues que la Escritura Santa es la única regla de mi fe, tenéis razon en predicar y querer explicar la Escritura: yo sé leer tan bien como vosotros; á mi me toca buscar allí lo que Dios ha revelado, y no á vosotros el demostrárnoslo. Me prometéis la inspira-

ción del Espíritu Santo para conocer el verdadero sentido de la Escritura, y yo la acepto; esta inspiración me dicta que vosotros predicáis el error, y que la Iglesia católica enseña la verdad.

Por toda respuesta, *Calvino* hubiera opinado quemar á este razonador: « *Senejantes monstruos*, decía, *debían ser ahogados como yo hice con Miguel Servet, español.* » Carta de *Calvino* á M. Poet.

[Terminaremos este artículo exponiendo con M. Audin (*Historia de la vida, de las obras y de las doctrinas de Calvino*, t. 2, p. 486), cuales son los resultados de la influencia ejercida por *Calvino*.

« Si Ginebra, antes de 1535, se hallaba sumida en las tinieblas de la superstición, ¿con qué verdades pudo ilustrarla *Calvino*? Veamos la antorcha con que vino á alumbrar á ese pueblo decayido. Mas ¿quién nos guiará? Nuestros compañeros de la reforma rechazarían el testimonio de escritores católicos; pues bien, apetelemos al protestantismo.»

« El libro de oro de *Calvino* es su *institución cristiana*: abrámosle pues.»

« ¿Y qué decir desde luego de ese simbolismo trinitario que el reformador quiere imponer á su comunión? Gentilis lo rechazó abiertamente, pero Gentilis es recusado por Beza y Drelicourt. Mas hé aquí que llega Henrio, ese puro discípulo del Evangelio, como se le llama en Silesia. ¿No ha denunciado este á *Calvino* como un doctor que ha judaizado, corrompido la Biblia, desnaturalizado la palabra de Dios, falsificado los textos escriturarios y blasfemado de la Trinidad? Por lo tanto *Calvino* no enseñó en Ginebra la verdad respecto al dogma de la Trinidad.»

« Ya conocemos su mito eucarístico, en el que no ha podido el catolicismo hallar ni cuerpo ni alma, ni idealismo ni realidad: esta es su gloria en la escuela ginebrina. » Prosiguió su triunfo con una perseverante obstinación, y los luteranos han tratado á su sistema cínico peor todavía que los católicos. El protestante que le atacó mas vivamente no es una inteligencia obscura: es un humanista que á los veinte años leía en esa cátedra de Willebergua que Melancthon habia ocupado tan dignamente; que á los veinte y cuatro era principal del colegio de Elisleben en donde nació Lutero, á los treinta y tres decano general de Mansfeld, á los treinta y cinco

» profesor de teología de Jena; por último
 » Grawer que se acogió á la metonimia de
 » Calvino, como Martin á los monjes de Co-
 » lonia, hundió dicho sistema al compás de
 » los aplausos de sus correligionarios. Nin-
 » gun dominico de Leipsik habló jamás de
 » Hutten con tanta irreverencia como Gra-
 » wer de Calvino. Creeriais que encabezaba
 » uno de sus libros con este título verdade-
 » ramente intraducible: *Absurda, absurdo-
 » ram, absurdissima Calvinista absurda?*
 » y el folleto obtuvo un gran suceso.....
 » Grawer ¿os dice que la metonimia de Calvi-
 » no es un absurdo? Pelisson el católico estu-
 » vo mas político.»

A los ojos del reformador, el sistema sobre la predestinacion es una revelacion celestial. En Ginebra hablar mal de ese Dios aristócrata que da y salva segun le agrada, es un crimen que se castiga con el destierro y á veces con la muerte. Bolser fué expulsado de Suiza por haberse reido del *fatum* pagano. Gentilis, que se atrevió á decir: « Este Dios no es el del Evangelio, » no tuvo mas tiempo que para huir por temor de caer en las manos del verdugo. ¡Qué páginas tan bellas no ha escrito Beza para sostener que la predestinacion es un dogma, en el cual es indispensable creer so pena de incurrir en la condenacion eterna! Llamaba infames á los que osaban negarlo. Juan Weher no temió á los anatemas del discípulo de Calvino. Atacó la predestinacion en términos llenos de acritud, quizá como mal cristiano, pero seguramente como excelente teólogo. Hasta en vida de Calvino prohibian los berneses bajo penas severas el predicar sus doctrinas sobre la gracia, y el universalismo de Bullinger minaba por su base el particularismo del reformador... ¡Mostradnos pues la ilustracion de que Ginebra es deudora á Calvino!

¡Resplandece acaso en esa justificacion sin obras, que Melancthon defendió primero, y que abandonó despues con gran escándalo de toda la escuela reformada? ó en la confesion de fe impuesta á los ginebrinos, y en la que los calvinistas quieren encontrar toda la dogmática contenida en la Exomologesis de Augsburg, engaño, que el pseudónimo Andrés Anti Krell ha puesto en evidencia en su sabia disertacion que commo-
 » vió al mundo Sejon en el siglo XVI?

Si la Trinidad cuaternaria, si la Eucaristía sin figura, si el falismo pagano de Calvino no son las verdades de que habla el mármol

de palacio (ya se sabe que en 1535 Ginebra gravó sobre los muros de su palacio los títulos de Calvino como un reconocimiento del mundo cristiano), ¿en dónde encontrarlos en la simbólica ginebrina? Estasson las grandes novedades que Juan de Noyon vino anunciar, segun dicen sus panegiristas. Todavía podria disputársele su invencion, y como los predicadores de Lausana, dar el honor del sistema predestinatório á Zuinglio y Ocolampadio; pero no les disputamos que les pertenezcan: nosotros tan solo tratamos de establecer, apoyándonos en testimonios irrecusables, que cada una de estas neologias es una mentira que el espíritu de Dios no pudo inspirar. Si esta decision ha sido dada por la boca de un reformador, ¿en qué viene á parar esa corona que despues de tres siglos la verdadera compañía de los pastores, de la cual forma parte un antitrinitario, ha querido poner sobre la frente de Calvino?

Si hay un hecho histórico irrevocable, es que el apostolado de Calvino fué fatal á las costumbres de la República.

« ¡Ah! sin duda, dice M. Galiñe, *Notic. gen.*
 » 1. 3, los antiguos ginebrinos no eran ánge-
 » les de pureza celestial, pero al menos no
 » eran hipócritas. No iban á profanar el tem-
 » plo con demostraciones de una piedad ex-
 » altada cuando acababan de exponer el
 » fruto de su libertinaje. Eran vivos en sus
 » enemistades; pero no eran testigos falsos,
 » espías y delatores. Tenian necesidad de in-
 » dulgencia, pero no carecian de ella estos
 » mismos, y no trataban de ocultar su fragi-
 » lidad natural bajo los juicios crueles de una
 » severidad humana. Eran lo mismo que fue-
 » ron en el siglo XVIII, cuando el calvinismo
 » se reducía entre nosotros á una balada del
 » tiempo antiguo, hombres altivos, osados,
 » independientes, buenos amigos, enemigos
 » irascibles, pero fáciles de reconciliar, carita-
 » tivos y decididos, buenos patriotas sobre lo-
 » do porque tenian una patria á quien podian
 » amar. » A la antigua sangre ginebrina pura
 » por tanto tiempo mezcló Calvino la sangre de
 » los refugiados, su guardia pretoriana; estafa-
 » dores, bribones, hombres que habian cre-
 » brado en su oficio se sentaban en el consis-
 » torio, entraban en los consejos, y eran nom-
 » brados ciudadanos, y en cambio de tantos
 » honores daban escándalos de que apenas te-
 » nia una idea la ciudad. Todo el tiempo de la
 » dominacion del teócrata fué el espionaje una
 » dignidad lucrativa. ¡Que oje el moralista los

archivos del gobierno! M. Galiñe le acompa-
 » ñará para manifestarle los registros cubiertos
 » de inscripciones de hijos legítimos, que se ex-
 » ponian en el puente de Arve; testamentos, en
 » que la voz moribunda de un padre acusa á
 » sus hijos de crímenes abominables; actos au-
 » torizados por notarios, en que una madre
 » constituye un dote para los bastardos de su
 » hija; casamientos en que el esposo pasa des-
 » de el altar á la cárcel; mujeres de todas cla-
 » ses, que ponian sus hijos recién nacidos en
 » el hospital para vivir en la abundancia con
 » un segundo marido. Esperemos un poco, el
 » puritano reformado, que ha pasado su vida
 » entre el polvo de los archivos, abrirá bien
 » pronto la mano (lo promete al meos), y en-
 » tonces caerá de las hojas escritas en una len-
 » gua muerta, porque teme avergonzar al pu-
 » dor, y referirá en el idioma de Petronco los
 » convites de confianza de los ministros gine-
 » brinos. Beaudoin nos cuenta ya una de esas
 » comidas nocturnas en las que Beza era el
 » dueño de la casa; pero no se ha querido dar
 » crédito á su narracion. M. Galiñe que quiere
 » morir en el protestantismo, será creído al
 » menos! Ved como rechaza ya con toda la
 » energia de su alma toda comunion con esa
 » reforma mezquina bastarda é intolerante
 » que Calvino quiso imponer á sus conciuda-
 » danos.

Gracias á sus investigaciones, algunos nom-
 » bres católicos, y entre otros el de Bolsec, fué
 » honrosamente rehabilitado. El viejo atleta de
 » la verdad histórica, que mereció el elogio del
 » lord Broughan, no se dejará espantar con los
 » clamores de algunos calvinólatras que en el
 » día quisieran hacernos creer en la accion ci-
 » vilizadora del reformador. Si necesario fuese,
 » abriria los libros del autor del *Tratado de los
 » escándalos*, y leeria en él esta confesion esca-
 » pada de la boca de Calvino: « Hay una llaga
 » moral mas deplorable todavía; nuestros
 » pastores que suben á la cátedra sagrada de
 » Cristo, y que debian edificar las almas por
 » una pureza superabundante de buenas cos-
 » tumbres, escandalizan la Iglesia del Señor
 » con sus desórdenes: miserables histrones
 » que se admiran de que su palabra no tenga
 » mas autoridad que si fuera una fábula re-
 » presentada en público, y que el pueblo los
 » señale con el dedo y se mofe de ellos. Lo
 » que á mí me sorprende es la paciencia de
 » las mujeres y de los niños que no los cu-
 » bren de lodo y de inmundicias. »

Calvino mismo antes de morir, habia pre-
 » visto, lo mismo que Lutero, el destino de la

palabra que anunció á los hombres. « El porve-
 » nir me horroriza, decia, no me atrevo á pen-
 » sar en él; porque, á menos que el Señor no
 » descienda de los cielos, la barbarie va á tra-
 » garnos. ¡Ah! plegue á Dios que nuestros hijos
 » no me tengan como un profeta. » Era profeta.
 » El Señor que no quiso descender de los cie-
 » los, entregó la palabra de Calvino á las dis-
 » putas de sus sucesores en el ministerio. En-
 » tonces esta palabra que para ser verdadera
 » hubiera debido revestirse de la inmutabilidad
 » fué cruelmente despedazada. Si habeis visto
 » en la Haya el cadáver pintado por Rembrandt
 » podeis formaros una idea de la operacion que
 » sufrió la doctrina calvinista fuera de Ginebra.
 » Los operarios tomaron diversos nombres,
 » segun atacaban un sistema en su esencia ó en
 » sus partes: hubo pues *particularistas* y *uni-
 » versalistas*. El escápelu no solo heria carnes
 » muertas; cortado en forma de pluma derramaba
 » á nombre de la gracia divina, cuya natu-
 » raleza queria dar á conocer, la tonta y la in-
 » juria de tal suerte, que á los calvinistas les dió
 » la idea el mejor día de concluir con todas
 » esas disputas, que alteraban el sosiego de los
 » ciudadanos y daban que reir á los católicos;
 » pero esta risa era contagiosa.

La palabra de Calvino, al llegar á los Pais-
 » ses Bajos y sujeta á un examen, se juzgó in-
 » suficiente, loca y peligrosa. Cada ciudad de
 » Holanda tenia un apóstol enviado de Dios, un
 » Pablo ó un Juan Bautista. De todos los li-
 » bros de Calvino, el único que se consideraba
 » como la obra del Señor, era el tratado de *pu-
 » nientis hereticis*, que cada secta traducía pa-
 » ra servirse de él contra los disidentes. Boger-
 » mann, profesor en Francker comentó el fo-
 » lleto y añadió nuevos textos para probar que
 » el poder civil tiene el derecho de muerte sobre
 » el blasfemador del nombre de Dios. Lla-
 » maba blasfemador al que no pensaba como
 » él sobre la gracia. Jacobo Armínio y Franz-
 » Comar renovaron las disputas de Lutero y Car-
 » lostadio. Franz-Comar condenaba á Armínio
 » que sostenia la libertad del yo; Armínio des-
 » tinaba á las llamas á Comar que predicaba el
 » siervo albedrío. Hubo *tolerantes é intolerantes*,
 » calvinistas *rígidos y moderados*, *tepararios* y *su-
 » pratepararios*. No habian pasado quince años,
 » y hubiera podido escribirse en una uña todo
 » lo que quedaba de esa neologia que se habia
 » coronado. « Toda obra divina, ha dicho Clau-
 » dio, es por su naturaleza inmutable; solo la
 » obra humana es la que cambia de forma y co-
 » lor. » La palabra de Calvino no era pues una
 » palabra de verdad. Y, cosa bien notable por

cierto, en esas palingenesias doctrinales jamás abandona el fíet una opinión que se le da como una verdad; de manera que si hay una apostasía nueva, podéis estar seguros de que sale del santuario. ¿Y cómo contener ese desorden intelectual? Cuando el soplo de boca humana se hace quisquilloso, colérico y desordenado, el poder interviene y hace el oficio de sacerdote; y si se encuentra un consejo como el de los Doscientos que dice á sus ovejías: « ¡ Basta de disputas! la predestinación calvinista es una virtud evangélica: un príncipe al luterano: « Tú crees en la presencia real al calvinista: tú no admites mas que un símbolo vivificante; hé aquí la mesa; ven á comulgar; » y en el ministerio de Berlim un eclesiástico á sueldo del monarca escribirá y jurará, según la necesidad, que en el día no existen ya ni el calvinista ni el luterano, que no hay mas que cristianos evangélicos.

« Durante la última mitad del siglo XVI, dice un panegirista de Calvino, los herederos del legislador de la reforma, sin tener su poder ni su genio, adoptaron su dogmatismo y su inflexible terquedad: declaraban que ninguno era cristiano si no pensaba como Calvino: miraban como una impiedad la investigación de la verdad religiosa no hecha según los principios del maestro, y por la estrechez de estas miras fué preciso destruir toda la obra de la reforma en Ginebra. »

Siglo y medio después de Calvino reinaba todavía este dogmatismo. La academia fundada por el reformador se había transfigurado en concilio ecuménico, que, teniendo á la vista la confesión escrita de Juan de Noyon, aprisionaba, desterraba, y condenaba á pan y agua á todo innovador bastante atrevido para oponerse á su enseñanza. Si llegaba de Francia alguna alta inteligencia para estudiar la simbólica nueva, se le presentaba el libro de oro del maestro, y era preciso que le reverenciase como un Evangelio traído del cielo. La hospitalidad se daba á este precio. Simonio, después de haber aproximado á sus labios esta exomologesis, se levantó, se puso á meditar, y manifestó algunas dudas; se le encarceló y se le desterró. A veces, al salir del templo, un cristiano, asaltado de las dudas, va á manifestar el estado de su conciencia á un ministro: el ministro es inflexible, el cristiano es castigado y encarcelado. Es necesario creer en Calvino para salvarse.

Confesamos que M. Gaberel encontró palabras nobles para lastimar ese dogmatismo

embrollon, legado de Calvino, y que según la bella expresión de M. Guizot quiere aprisionar la conciencia en las consecuencias de un argumento. Mas M. Gaberel hubiera debido saber que la simbólica calviniana no podía vivir sino con el poder. Que el brazo de carne se retira, y la obra de Juan de Noyon morirá en medio de las convulsiones de la anarquía, véase sino después, cuando el pensamiento, gracias á los esfuerzos del sínodo de Dordrecht, puede escudriñar la confesión ginebrina, como todos los días quita uno de los artículos del formulario hasta el punto de que de todas las ciudades reformadas, Ginebra es la menos calvinista. Y entonces, triunfante el libre exámen, sucede que un ministro que ha negado la Trinidad puede sentarse impunemente sobre el banco que ocupó durante veinte años el que hizo morir á Servet, el antitrinitario.

Aunque la reforma se oculte bajo el manto de Zuinglio, de Lutero, de Calvino, de Ocampado ó de Koot, no puede existir dogmáticamente mas que según la voluntad de los príncipes: su reino es de este mundo. Seguida al través de Alemania, cuando partió de Witemberga: en cualquiera parte que quiera establecerse (tendrá necesidad de la mano del hombre: ¿Sobre qué puede pues apoyarse cuando ha destruido los recuerdos, la creencia, la fe y las tradiciones? Estando apagada en ella toda vida ideal, se materializa entonces, y toma cuerpo y alma: en Inglaterra ejerce una mujer las funciones del papa; en Prusia arregla un monarca hasta la disciplina eclesiástica, y coordina las liturgias para las dos comuniones reunidas. (Véase IGLESIA EVANGÉLICA CRISTIANA); en Ginebra los seglares se ven transformados en directores de Israel. No existe país en el mundo en donde sea mas ciega la fe en el poder que en Prusia; esta tierra en que florece el luteranismo.

Ya habeis debido ver que cuando el teócrata, que se llama en Ginebra ministro de Dios, pidió el destierro de Gentilis, el encarcelamiento de Ami Perrin, la sangre de Gruet, de Berthelier y de Servet, el poder comerciante no lo concedió todo sin murmurar y sin remordimientos.

Libertad civil y religiosa, nacionalidad, poesía, pintura, bellas letras, todo lo lastimó, desfiguró y sufocó Calvino en Ginebra. Sin él esta ciudad habría marchado como las demás á la par de Roma, Florencia y Venecia en el camino de la ilustración; el ginebrino podía ser pintor, poeta, orador, artista. No creemos

en lo que nos dice la reforma, que no ha nacido para la cultura de las artes: es una calumnia. Era preciso absolver al hombre que cambió las naturalezas mas floridas en teólogos del Bajo Imperio. Y aun si estos teólogos descendientes de Calvino se asemejaran á aquellos escolásticos del renacimiento tan desacreditados, que nos divierten muchas veces con sus inocentadas!... Los religiosos de Ginebra son pedantes y fastidiosos... Producen volúmenes sin estilo y sin vida. Calvino ni aun les dejó la elección de la materia: no tienen mas que un círculo. Los desgraciados giran incesantemente alrededor de la gracia, del libre albedrío y de la predestinación. Mientras que la ciudad se cansa de esta suerte en el vacío, Roma produce al soplo vivificador del papado obras maestras de historia, de exegesis, de lengüística y de filosofía. Nos equivocamos, Ginebra tiene la pretension de estar asociada al movimiento universal de los ingenios: hé aquí los nombres de algunos de los diamantes de su corona literaria: los teólogos Fhagaut, Perrot, La-Zaye, el filósofo Portus, el poeta latino Beaulien, el polígrafo Goulard, el humanista Sarracin.

En Witemberga así como en Ginebra la reforma, que jamás comprendió los instintos populares, rompió todas las imágenes materiales del culto: pero en Witemberga una vez enseñoreada del templo católico, se puso á levantar las estatuas, á restaurar los cuadros y á componer las vidrieras temiendo ser acusada de vandalismo. En Ginebra para dar gusto á Calvino hizo pintar las paredes de la catedral, vendió las estatuas, é hizo quemar los cuadros.

Calvino jamás comprendió el arte. En vano buscaréis en todos sus escritos una lágrima de poesía. Es verdad que en algun tiempo ensayó el hacer versos latinos, pero ¡ qué versos! Legó sus tendencias prosaicas á su nueva patria. Si Ginebra hubiera permanecido fiel al catolicismo, ¡ qué brillante puesto no ocuparía en el día en la historia literaria! En el siglo XVI continuamente estaba recibiendo las visitas de numerosos italianos. ¿No parece natural que estas imaginaciones meridionales, tan apasionadas por las formas, debían despertar á las orillas del Lemán el culto de las musas? Pero en el momento en que tocaban las riberas del lago, cesaban por sí mismas de cantar. La atmósfera de teología que fluctua por todas partes, hasta el interior de las familias, ahoga en sí todos los

gérmenes poéticos que aportaron de Roma ó de Florencia. Por necesidad tienen que ponerse á disputar. Se mezclan las dos sangres, sangre pesada y espesa que no pueden vivificar ni las armonías del mundo musical, ni las fantasías del mundo ideal, ni las maravillas del mundo material. Antes de morir legó Calvino á su país de adopción una manía de controversia que los refugiados se vieron obligados á sufrir. Nacionales y extranjeros gastan su inteligencia en la investigación de problemas autológicos, tan oscuros como esas especulaciones escolásticas que tanto se vituperaban á los religiosos de la edad media. Estos problemas se agitan en el colegio, en el consistorio y en las casas particulares. Ginebra rodeada de tesoros antiguos no se atreve á tocar á ellos. Todos los manantiales de emociones intelectuales fueron agotados por Calvino. Prohibe al alma ocuparse de la forma visible, porque podría caer en la idolatría: de la pintura, para que no despierte en ella ideas falsas sobre la naturaleza divina; de la música, porque la sumergiera en sueños voluptuosos. Así se cumplía la sentencia formulada por Menzel contra el protestantismo sajón. « La reforma fué al principio un fuego devorador; después una aurora boreal, señal de enfriamiento. »

La misma escuela exegética que Calvino creó en Ginebra produjo una reacción funesta sobre la cultura de los talentos. En la provisión de hostilidades por parte del catolicismo la reforma había continuado sus mezquinas colaciones del texto bíblico. Este trabajo de palabras no se había hecho para enardecer la imaginación. En los libros santos no se estudiaba, ni la imagen, ni el tropo, ni la inspiración; y se dejaba el oro por el plomo. Es necesario ver como se gozan esos teólogos cuando han quitado ó añadido un píe á una letra griega; anuncian esta buena fortuna, como nosotros los católicos, cuando en Roma Rafael pintó el cuadro de la transfiguración ó cuando Erasmo en Basilea acabó el prefacio de su S. Jerónimo. No pidáis á todas esas inteligencias de los siglos XVI y XVII, procedentes de Calvino, ningunos descubrimientos históricos, científicos ó morales: creen haber cumplido con su tarea, después de emborrillar algunas hojas de papel de glosas escriturarias, cuya idea es tan bárbara como las palabras. Esta ciudad, que se gloria de haber recibido en 1535 el don de la fe, no posee aun ni un solo libro ascético de algun valor. Después de prolijas investigaciones, Lereher no